

Reseña de libros y revistas

ROSOLATO Guy. — Estudio de las perversiones sexuales a partir del fetichismo. (Etude des perversions sexuelles á partir du fétichisme) en “Le désir et la perversion”. Editions du Seuil, Paris, 1967.

El autor se propuso exponer los elementos que le parecen esenciales para el estudio de las perversiones y que, en su opinión, son los relacionados con el complejo de Edipo.

Los puntos más fundamentales del trabajo son los siguientes:

Una denegación implícita: la renegación (désaveu). — Cuando el primer encuentro visual del perverso con la diferencia de los sexos, hay una negación. Prefiere una fantasía: que todos los seres humanos tienen pene. Esta fantasía tiende a atenuar otra: -- el peligro de ser castrado por el padre. Se aparta de la realidad —de la diferencia de sexos—, realidad regida por la Ley prohibición del incesto ligada a la función paterna y fálica.

La renegación es implícita y comprende varios niveles: renegación de la castración, renegación de la diferencia de sexos, esta última siendo también renegación de una realidad. Como ya lo señaló Freud, se mantienen dos afirmaciones opuestas: la mujer tiene pene —i.e. no ha sido castrada—, la mujer ha sido castrada por el padre —i.e. no tiene pene—.

Freud separa la renegación de la represión. En la represión, se reprime el afecto, mientras que la renegación concierne a las representaciones.

La renegación es a las representaciones lo que el proceso primario es al proceso secundario. En el fetichista, la renegación de la diferencia de sexos es reprimida —de donde el disgusto hacia el sexo femenino— y se reactiva según desplazamientos que desembocan en el objeto fetiche —i.e. reactivación de la renegación mediante la excitación sexual.

La escisión del Yo. — El autor destaca las diferencias entre esa escisión y el desdoblamiento histérico de la personalidad y la duda obsesiva. El esquema histérico —deseo insatisfecho, repugnancia hacia el orgasmo masculino— se opone en cuanto a su significado al proyecto del fetichista. La escisión del Yo del perverso se visualiza y objetiviza en el fetiche.

El objeto fetiche. — El objeto fetiche está sometido a un equilibrio, aparece como una contrapartida frente a las escisiones del sujeto. Su principal característica es estar delimitado espacialmente, ser inmutable, idéntico, sin fluctuaciones físicas, es decir ser trascendente. Además, debe ser un objeto “de dolor”, —que pueda ser mortificado, desvalorizado, que provoque repulsión.

El objeto fetiche está delimitado, cortado de su pertenencia corporal, pero recordando la continuidad con el cuerpo. Este ser parte de un cuerpo, con la evidente referencia a la castración es algo que detiene la posible relación con el todo. Marca una frontera con lo desconocido. Más allá empieza lo insólito y el horror que puede referírsele. Puede verse acá el punto de huida del perverso: huida de la madre, concebida como el peligro del Todo.

El objeto fetiche es un velo, que deja suponer y entrever a través de su prosaísmo. Es un velo colocado sobre un cuerpo.

La oscilación metáforo-metonímica. — Llama así a la oscilación de cambios de sentido del fetiche: con la metonimia, el objeto es “sólo eso”, es una parte, una prolongación del cuerpo materno, que cubre, disimula, aparta lo sexual; con la metáfora de que el fetiche es el pene materno se obtiene una idealización, una revelación maravillosa.

La diferencia de los sexos. — Los neuróticos huyen de, o controlan la castración. El perverso trata de hacer desaparecer el obstáculo, niega la Ley que establece que hay una diferencia de sexos. Para él, el pene es el polo visible bajo cuya supremacía se organiza toda la sexualidad. Tiene un narcisismo fálico.

Para el fetichista, la femineidad queda aplastada bajo la marca del pene ya que, mediante el fetiche, no desaparece, es tolerada en un plano secundario.

La relación con la femineidad es, en el fetichista, contradictoria: o bien huyendo del peligro, re-encuentra la unión tranquilizante con la madre; o bien la madre representa ella misma el peligro.

Una ideología. — La ideología del perverso es de tipo gnóstico. Su dinámica consiste en preservar un Poder sin falla, sin castración fantaseada. Una imagen super-paterna, de narcisismo fálico, separada de los Poderes del Mal. Esta dicotomía absoluta, Perfección-Mal, conduce a una posición maniqueísta.

En esta marcha hacia la luz, la mujer aparece como del lado del Mal. (Porque la creación es producto del demiurgo maléfico y la mujer crea hijos).

Para el fetichista, la mujer constituye una amenaza que puede ser mantenida a distancia, exorcizada por medio del fetiche, con el poder fálico.

Para el perverso, el Mal es ese horror entrevisto en la imagen traumática de la infancia: la castración, cuya primera imagen, renegada, la constituye la mujer, la madre.

Para librarse de los poderes del Mal recurrirá a un conocimiento revelador, a una gnosis, que no será un trabajo lógico, como en el obsesivo, sino una iluminación (artes, etc.).

Las Leyes. — Todo ocurre como si el perverso debiera ante todo transgredir una ley, sustituir a la ley su deseo. Y, ¿cuál es la ley a renegar? A través de la ley de la castración, la de la diferencia de sexos. La consecuencia de esto es la pérdida de sentido de la relación heterosexual y de la procreación. La ley depende del Padre Idealizado, de modo que la transgresión a ella, contenida en el acto perverso, equivale a la muerte del Padre Idealizado.

Luisa de Urtubey.

HOME, H. J. — EL CONCEPTO DEMENTE (The concept of mind) Int. Psycho-Anal. Vol. 47, p. 1, 1966.

Introducción. — Este trabajo, dice el autor, requiere una introducción, ya que su tema y su método no son familiares a los psicoanalistas. No toma, por ejemplo, una experiencia clínica y la examina bajo la luz de la teoría psicoanalítica, ni intenta tampoco la crítica de la teoría utilizando ejemplos clínicos. Pretende fundamentalmente plantear el interrogante de: ¿Qué es el Psicoanálisis? ¿Qué características esenciales posee esta materia? ¿Qué clase de teorías pueden ser válidamente sustentadas? Pretende, además, sugerir una respuesta que si es correcta, tendría implicaciones sobre la teoría.

De otra manera —continúa el autor— esto es un intento de escribir un ensayo filosófico y al hacerlo me he sentido particularmente apoyado por los últimos trabajos teóricos de Bion, dado su valor y lo novedoso de su aporte, a pesar de ver insuperables dificultades en él. También se ha sentido estimulado por todos aquellos autores que en diferentes momentos expresaron un reconocimiento acerca de que la teoría psicoanalítica tiene serias dificultades lógicas, que muchos conceptos están mal definidos y muchos términos de uso regular para la descripción clínica son empleados de una manera ambigua. Fuera del campo del psicoanálisis, siente una incalculable deuda por los aportes de Suzanne Langer, Teilhard de Chardin y otros, con quienes mantuvo prolongados diálogos sobre el problema mente/cuerpo y a través de quienes conoció las ideas de filósofos tales como Ayer, Ryle y Strawson.

El estímulo para escribir este trabajo surgió del hecho de haber asistido a las reuniones científicas psicoanalíticas durante muchos años. Relata sus

dificultades al enfrentarse a la esencial falta de comprensibilidad en los trabajos clínicos, del a menudo llamado “lenguaje técnico”, ya que aprendió por experiencia a interpretar lo que los autores querían decir, a pesar de que en un sentido estricto, gran parte de lo que decían, no significara nada.

Existe un contraste entre el lenguaje utilizado en las reuniones formales y la discusión clínica en reuniones informales. Toma, para ejemplificar esto, parte de una frase de un trabajo de Sandler “Sobre el concepto de Superyo” (1960). El escribe: “Las dos técnicas para restablecer un sentimiento de ser amado (de aumentar el nivel de catexis libidinal del self)...” La primera parte de esta frase parece comprensible, la segunda parte carece de significado. No solamente el lenguaje psicoanalítico impacta por tener un sabor peculiar, sino que gradualmente se torna más evidente que los casos son presentados en un estilo convencional, conocido como “análisis clásico”. Este modo de presentación parece, no tanto que se intente mostrar una serie de hechos observados, como un estilo de interpretación de estos hechos para confirmar hipótesis más que para verificar su validez.

Aunque es cierto que el problema de la validación de las hipótesis presenta gran dificultad, es imposible no darse cuenta de la tendencia en las discusiones a entrar en un impasse, como verbigracia, cuando los kleinianos comentan difíciles aspectos de interpretación fálica de un material clínico que es sentido claramente como que se refiere al pecho. Como es sabido, el público culto ha asimilado diferentes conceptos del pensamiento analítico. La idea de la motivación inconsciente, el poder de la fantasía, el efecto de las experiencias infantiles, son ahora ideas familiares, ampliamente aceptadas. Pero la metapsicología, expresada en una frase como la transcripta de aumentar el nivel de catexis libidinal del self), está universalmente desvalorizada fuera de las Sociedades psicoanalíticas.

Señala que “la gente en nuestra Sociedad habla lenguajes diferentes” y que tal actitud parece una monstruosa abdicación de la responsabilidad intelectual pero intenta, en este trabajo demostrar que nuestras dificultades no surgen tanto por hablar diferentes lenguajes, sino de la falta de claridad acerca de las cosas que tenemos que discutir y por lo tanto del ajuste lógico de los términos que utilizamos.

El tema. — El psicoanálisis —dice el autor— se inició como un estudio de las neurosis y como una hipótesis para explicar su origen y desarrollo. Como hipótesis sobre las neurosis debió haber hecho poca conmoción, a pesar de su concepto de una etiología, que une las neurosis con la frustración sexual, pero con lo cual no había aún dado a conocer su nuevo principio. Este principio de explicación que estaba en contra del pensamiento prevalente en la medicina de su tiempo y que eventualmente lo condujo a reformular sus revolucionarias ideas del inconsciente, fue que el síntoma podía tener sentido, significado.

Este descubrimiento básico de Freud permitió la comprensión necesaria que abrió el camino para entender la enfermedad funcional y el principio del tratamiento psicoanalítico. No es sorprendente que frente a la Conmoción de tan grande descubrimiento, que abrió territorios vastos y nuevos. Freud haya pasado por alto las implicaciones lógicas de la teoría que estaba esbozando. Estas implicaciones son, sin embargo, muy grandes con respecto a la medicina mecanicista del tiempo de Freud, que como en toda la medicina orgánica de nuestros días, el síntoma es lógicamente mirado como un hecho producto de causas. En esto la medicina simplemente sigue la práctica de la ciencia fisico-química y los cánones del pensamiento que están ejemplificados en la física. Descubriendo que el síntoma tenía un significado y basando su tratamiento en esta hipótesis. Freud colocó el estudio psicoanalítico de las neurosis fuera del mundo de la ciencia, en el mundo de las humanidades, ya que un significado no es el producto de causas sino la creación de un sujeto. Esta distinción entre lo

humanístico y los modos científicos de pensamiento, es básica para el argumento que sustenta el autor y que le gustaría discutir en diferentes niveles, a pesar de que es evidente por sí mismo.

Para los psicoanalistas es más fácil reconocer esta diferencia, directamente entre “interpretación” y “explicación”. Es posible comprender esto en el hecho de que la ciencia se plantea de cómo tal cosa ocurre y recibe una respuesta en términos de causas, mientras que un estudio humanístico plantea la pregunta por qué y recibe una respuesta en términos de motivaciones. En el nivel psicológico la distinción reside en la capacidad del ser humano para ver cosas tales como muerte y vida. Las categorías de vida y muerte son decisivas para la metodología del pensamiento, porque la frontera entre vida y muerte, marca el límite de nuestra capacidad para identificarnos de manera correcta con un objeto.

El ser humano tiende a identificarse con todo lo que se mueve, de modo que en los niveles primitivos de pensamiento, no hay virtualmente distinción entre movimiento y vida. Históricamente llevó un largo tiempo establecer la diferencia que nosotros corrientemente hacemos entre materia orgánica e inorgánica. Para el hombre primitivo todo lo que se movía estaba vivo y tenía un alma. **Cuando nos identificamos con un objeto sentimos que es como si fuéramos ese objeto.** Esto nos permite tener una comprensión del objeto y particularmente de cómo él siente y por lo tanto de cómo se comportará. La exactitud de la información que deriva de un acto de identificación, depende de la exactitud de nuestra percepción y de la capacidad para criticar nuestra transferencia, así como de la habilidad para identificarnos solamente dentro de los límites de lo que es realmente idéntico. Dentro de estos límites, el conocimiento, por medio de la identificación nos da una escueta información que no puede ser obtenida de otra manera. Sin embargo, esta información será más exacta en relación a otros seres humanos, siéndolo menos con respecto a

aqueellos seres más alejados de nuestra escala de evolución y totalmente inexacta en relación al movimiento de la materia inorgánica, donde el límite de la falacia antropomórfica ha sido extendido. Fue la crítica del pensamiento filosófico griego de este modo de pensamiento, lo que condujo a conocer sus limitaciones. Este modo de conocimiento, basado en la identificación, usado por los analistas en el análisis, la observación de los hechos, sirve para establecer una identificación, desde la cual estamos en condiciones de hacer una interpretación.

La interpretación es un nuevo hecho, cuya realidad depende de la exactitud con que, lo que observamos ha sido interpretado y comprendido en su totalidad. A diferencia de un hecho científico, no puede ser demostrado, lo cual es una razón para comprender por qué un analista necesita su análisis personal como entrenamiento para que pueda experimentar directamente la validez de un gran número de interpretaciones, basándose en el conocimiento de sí mismo. Además, mientras que un hecho científico puede ser representado por una ecuación en virtud del tiempo, un hecho humanístico es representado por una ecuación en virtud de la evidencia. Es importante hacer notar, 1) que toda investigación humanística demanda una actitud de atención flotante, para lo que es esencialmente un proceso de oír o ver lo que se evidencia y valorar luego sus implicaciones lógicas; 2) que toda observación, es una observación de evidencias; 3) que este modo de conocer es la única manera que tenemos de entender los objetos, cuando los percibimos como “sujetos existiendo únicamente en el tiempo”, o tal vez sea más claro decir cuando nosotros elegimos percibirlos como “sujetos que existen únicamente en el tiempo”. La ciencia trabaja con objetos muertos que puede observar sin identificarse con ellos y explica lo observado en términos de causa, mostrando cómo las cosas suceden. En contraste con esto el modo humanístico que trabaja con el objeto vivo se pregunta por qué suceden las cosas y responde en términos de lo que motiva al sujeto.

La contribución de Marx al estudio de la historia fue un hecho importante y tuvo mucho en común con la contribución de Freud a la psicología, pero Marx nos llamó la atención sobre los efectos de los factores objetivos sobre los acontecimientos que habían sido por mucho tiempo ignorados por los historiadores, factores tales como aquellos que surgieron de los cambios en la organización económica. En este sentido Marx suministró la misma clase de comprensión que Freud acerca de la determinación inconsciente del comportamiento y la comprensión de esto forma parte ya de nuestro pensamiento. La falacia de Marx fue tratar a la historia, producto del hombre, como si fuera un hecho, como si el comportamiento de la gente pudiera ser explicado solamente como una consecuencia directa de causas. Freud cayó también en una falacia cuando propuso su teoría del instinto y la de la mente en términos de id, ego y superego. Una teoría científica es una representación esquemática de un hecho real, un acontecimiento válido para la percepción sensitiva.

Desafortunadamente para Marx y Freud, ni la historia, ni la mente consciente o inconsciente, son un hecho o una realidad como las que el método científico investiga. Hablamos con vaguedades de la enfermedad mental, en contraste con la enfermedad física, de modo que si la enfermedad física es una enfermedad del cuerpo, la enfermedad mental por analogía es una enfermedad de la mente. Sin embargo esta analogía no es posible sostenerla. Aventurando una tentativa de definición, decimos que lo mental es el significado del comportamiento o que algo que tiene significado es mental. Si la mente no es una cosa, cada vez que hablamos de ella como tal, estamos haciéndolo metafóricamente. Para modificar la definición de un hecho metafísico es necesario perturbar todo el mundo metafísico. Esto se ve fácilmente en el ejemplo que tomo de la teoría psicoanalítica de la regresión del yo y la regresión instintiva.

Cuando Winnicott (1954) presentó su experiencia clínica sobre regresión en el análisis, utilizó para describirla esta palabra en su acepción común, encontrando que no entraba dentro de ninguna de las dos categorías. Esto significó que estrictamente hablando, ella no existía como regresión en cuanto a la teoría psicoanalítica concernía. Los psicoanalistas fracasaron por no poder utilizar un lenguaje uniforme. Por ejemplo una energía conocida como “instinto de muerte”, puede ser convertida en algo llamado “agresión” por un proceso conocido como “deflexión” y se sugiere que la intensidad del síndrome denominado “reacción terapéutica negativa”, varía con la eficacia del proceso “defectivo”. Otras veces la “agresión” es tratada como un instinto elemental y más adelante con una segunda denominación de “libido”, sin que haya intervenido la “deflexión”.

Estos ejemplos pueden multiplicarse; producen una situación en la que no es que hablemos diferentes lenguajes, sino que realmente habitamos mundos diferentes, hablando acerca de diversas cosas metafísicas que hemos creado con el modo de usar el lenguaje. La confusión no se detiene aquí ya que muchos términos metapsicológicos son usados en psicoanálisis, en relación a la experiencia clínica y adquieren por esta razón un segundo significado clínico que se sobreagrega al primero. Los términos Ego y Superego proveen buenos ejemplos. Definir lo mental como el significado del comportamiento es reconocer entonces que no es una cosa y que no puede, por lo tanto, ser analizado como tal. Lo mental como significado es una calidad inseparable de la vida, como lo es el concepto de sujeto. Donde hay vida, hay significado y donde hay significado allí existe espontáneamente un sujeto.

El autor señala aquí que toma ejemplos utilizando conceptos populares de la inmortalidad del alma, porque con estas ideas quiere indicar que en la búsqueda de una forma lógica propia para una teoría de lo mental, nos enfrentamos a los mismos problemas que los teólogos enfrentaron ayer en el

campo de la religión. La especulación de Freud en Totem y Tabú, explicando que lo que ahora ocurre en el pensamiento y la fantasía, ocurrió una vez en la realidad, puede ser extendida para comprender que los problemas recientemente expresados en términos religiosos, se presentan hoy como problemas de lógica. La mente como significado es coexistente con la vida y la calidad de un sujeto vivo, lo cual se expresa en el hecho de que ella responde a su medio ambiente de manera espontánea. El sujeto nos es conocido a través de un acto de identificación y no por medio de un acto de percepción sensorial o de observación científica, ni es accesible su significado a la introspección. No nos es posible observar el “Yo” que observa, porque la mente es un aspecto de la vida del sujeto, conocida por nosotros por medio de la identificación. No se puede investigar sobre ella con los métodos y la lógica de la ciencia porque estos son solamente aplicables a un objeto muerto o percibido como muerto. Intentar ver algo como muerto, cuando solamente existe como una cualidad de la vida, produce una contradicción irresoluble.

La psicología científica intentó tratar las respuestas como algo organizado por el estímulo; esto le permite pasar por alto el concepto de vida espontánea del sujeto, pero no la capacita para tratar adecuadamente el fenómeno del significado. El psicoanálisis intentó dar un nuevo giro a la tradicional solución metafísica; por un lado, en la práctica clínica y especialmente a través de la técnica de la asociación libre, asume un sujeto espontáneo. Por otro lado, cosifica el concepto de mente y elabora una teoría científica en términos de causas. Cosificar es como deificar, por cosificación crea el objeto ideal inmortal, por el simple proceso de definición, así como la personificación en la era del humanismo creó los dioses inmortales.

Continúa luego el autor manifestando, que la mente existe desde el momento de la concepción y que un poco antes del nacimiento comienza el verdadero comportamiento con el uso de los Órganos y miembros, hecho que se

conoce como organización basada en el principio del placer-dolor. En el momento del nacimiento la percepción sensitiva es escasa y la respuesta está organizada sobre la base de sentimientos que se refieren a sensaciones. Al nacer el bebé deja el mundo conocido bajo la categoría de sentimientos y entra en el mundo de la percepción sensitiva, que eventualmente conocerá a través de ideas organizadas en pensamientos.

Siguiendo a Bion, vemos que pensar es un proceso forzado en nosotros por la percepción sensible que estimula la parte del cerebro que produce ideas. Esta ideación permite al sujeto organizar su comportamiento en relación al mundo, más allá de su propio cuerpo en estructuras basadas en las categorías de espacio, tiempo y causa. Al mismo tiempo la relación de objeto se va desarrollando, pasando del mundo del sentimiento, que es autista, al mundo de la percepción sensitiva. Por medio de la percepción sensitiva aprendemos cómo mantenernos vivos en el mundo y por medio de la relación de objeto encontramos la razón para hacerlo. Si ambas cosas fallan, el sujeto muere.

Dentro de este esquema la vida del cuerpo provee las categorías de experiencia de acuerdo a las cuales el sujeto organiza sus respuestas. No hay antítesis mente-cuerpo y esto, por supuesto, tiene enormes ventajas. Nos permite pensar racionalmente acerca de los desórdenes psicósomáticos (no en términos de objetos internos) sino permitiéndonos apreciar la profundidad en que el significado y la respuesta están ontogenéticamente organizados. Nos permite ver la vida del individuo como un proceso de creación y distribución de energía en el medio ambiente y mostrar cómo las perturbaciones de la relación pueden afectar esto. Nos permite observar el desarrollo psíquico como un proceso de diferenciación de las categorías de experiencia y verlo como un aspecto de la diferenciación física y de la experiencia. Nos permite relacionar el proceso de pensamiento directamente con la energía física cuantificable y de este modo efectuar una aproximación natural al fenómeno parapsicológico, que con un concepto metafísico de la mente aparece como sobrenatural. Nos permite crear

un concepto como el de “fantasía”, lleno de significado como la respuesta lógica dentro de alguna categoría de la realidad. Nos permite ver y sentir en términos humanos sobre la acerba situación del niño al nacer, cuando debe buscar un medio para encontrar el objeto bueno o morir y darse cuenta del “stress” bajo el cual él debe haber organizado el sistema de defensa esquizo- paranoide.

Nos permitirá, asimismo, expresar esto en un lenguaje exacto y comprensible para el hombre común. Comprender que lo mental es el significado del comportamiento, es obtener el criterio para examinar el sentido de nuestras teorías. Una teoría de la mente debe explicar por qué alguien al hacer algo, lo hace en términos de motivaciones. Este criterio inmediatamente invalida la teoría del instinto y requiere de nosotros que reelaboremos nuestra experiencia clínica en otros términos. El criterio que invalida la teoría del instinto en tanto quiere explicar el sentido del comportamiento, invalida también la teoría kleiniana sobre los objetos internos, si esto es comprendido como una metapsicología y no simplemente como un lenguaje de interpretación. Este es un punto acerca del cual el autor tiene dudas. Expresa que si es una metapsicología, le parece que “mata” al comportamiento, de la misma manera como la teoría del instinto mata al sujeto. Esto es así cuando se describe el fenómeno del comportamiento de un paciente, en términos de un modelo metafísico, en el que ocurren toda clase de actos, que no pueden ocurrir en el mundo fenoménico; por ejemplo, el paciente pone una parte de sí mismo adentro del analista (identificación proyectiva).

Esta frase bien puede transmitir un sentido y un “insight” al paciente de un modo más claro; no describe un hecho, ni el acto de poner algo que realmente ocurran. Permitir que un hecho se vuelva teórico por cosificación, es crear una relación entre un aspecto del comportamiento y un mecanismo teórico de identificación proyectiva, tal como realmente existe entre el movimiento de los brazos y los músculos por medio de los cuales el movimiento es efectuado. La relación que realmente existe entre un aspecto del comportamiento y una

interpretación en términos de identificación proyectiva, es la relación entre un aspecto del comportamiento y un modo de interpretarlo. El resultado no es ampliar su comprensión, sino limitarlo por restricción del vocabulario, en lo que respecta a las palabras y las imágenes.

Los científicos necesitaron muchos años para establecer el hábito lógico de separar la observación y lo inferido de ella y esta batalla tenía que ser dada por extensión en todas las nuevas ramas de la ciencia. Un legado inmanejable fue el de querer utilizar los modos de trabajo del campo científico, en el mundo del pensamiento humanístico. El psicoanálisis creció rodeado de la triunfante aplicación del método científico, adoptándolo para sí, sin considerar si era lógicamente apropiado. El psicoanálisis, repite el autor, concierne, como ya he tratado de mostrar, al significado, al sentido del comportamiento y esto es una nueva formulación postcientífica del problema que tradicionalmente comprometió el pensamiento religioso en la pregunta: ¿Cuál es el significado de la vida?

Esto requiere un marco de trabajo ubicado dentro de la lógica no científica y particularmente del concepto de un sujeto espontáneo. También requiere el mantenimiento de una clara distinción entre comportamiento y significado. Hasta que la teoría psicoanalítica no se coloque en estos términos lógicos, necesariamente estará afuera del marco de trabajo del conocimiento universal.

Aída Aurora Fernández.

McDOUGALL, Joyce. — Consideraciones sobre la relación, de objeto en la homosexualidad femenina (Considérations sur la relation d'objet dans l'homosexualité féminine). Recherches Psychanalytiques Nouvelles sur la Sexualité Féminine. Payot, Paris, 1964.

Este trabajo es una tentativa de elaborar reflexiones concernientes a la naturaleza del equilibrio psíquico buscado en las relaciones homosexuales y su vinculación con la situación edípica, así como de llegar a una concepción sobre la estructura del Yo en estos casos. La autora se basa en el material clínico proporcionado por el análisis de algunas pacientes que mantenían relaciones homosexuales manifiestas y exclusivas.

Virilidad y homosexualidad. — Es preciso distinguir las homosexuales de aquellas pacientes que presentan lo que podría llamarse una “identificación viril”. En estas últimas se aprecia una desconfianza y desvalorización de las mujeres, mientras que las primeras tienen tendencia a idealizar la femineidad en otras mujeres.

Ambas presentan como rasgo común perturbaciones en su sentimiento de identidad sexual, habiendo adoptado, al menos en apariencia, una forma de actividad masculina. Existe, no obstante, una diferencia considerable entre la mujer que da un sentido viril a sus propios ideales y a una buena parte de sus actividades y la que parece optar por un tipo masculino de elección objetal en su búsqueda de mujeres como compañeras sexuales.

Para dar cuenta de dicha perturbación en el sentimiento de identidad sexual, la autora se propone describir la naturaleza de las identificaciones y elecciones objetales diversas en ambos cuadros clínicos, centrando la atención esencialmente sobre el grupo homosexual.

Unas y otras rechazan toda identificación con la madre genital en su papel de compañera sexual del hombre. Pero mientras la mujer viril parece haber eliminado la imagen de la madre y de todas las mujeres como objetos dotados de un valor libidinal, la homosexual, por el contrario, está a la búsqueda de relaciones amorosas con las mujeres, que tienen el aire de una relación madre-hija. En lo que concierne a la imagen paterna, la situación es invertida. La mujer homosexual parece haber excluido al padre y a todos los hombres en tanto que objetos libidinales, mientras que la viril está constantemente en busca de relaciones no genitales con los hombres, tales como una pequeña hija podría mantenerlas con su padre.

La mujer viril. — Del material clínico aportado por mujeres del tipo masculino, puede concluirse que estas pacientes han idealizado al padre y están estrechamente modeladas a su imagen. Por el contrario, su actitud respecto a la madre encierra un odio apenas velado que llega -a ser conscientemente expresado en el curso del análisis.

Ser mujer significa ser nada, no crear nada. La actividad es privilegio del hombre. Detrás de la imagen de sí presentada como distinta a la de las otras mujeres se oculta la fantasía de ser un “hombre mutilado”.

Para comprender esta representación “castrada” de sí mismas debemos considerar cómo ha sido vivenciada la relación entre los padres. La actitud desvalorizadora de la madre con respecto al padre convierte a la imagen fálica paterna en una figura impotente y mutilable, reducida a un papel pasivo o poco viril. Estas madres, conscientemente despreciadas en razón de su comportamiento hacia el padre, eran por otro lado condenadas a causa del interés que mostraban por las relaciones sexuales, testimoniado por la presencia de amantes o el nacimiento de hijos. Inconscientemente, eran sentidas como

más potentes que el padre y como castradoras respecto a él. La imagen de sí castrada resultaba pues de una identificación con un padre visto como fálico pero pasible de castración. La imagen materna forjada por estas pacientes suscitaba la repulsa a identificarse con una madre “castradora”, unida al temor a la madre edípica que prohíbe los deseos incestuosos ligados al padre.

La comprensión de esta depreciación de las mujeres en términos de envidia del pene y de complejo de castración fue relativamente bien aceptada por estas enfermas; pero el temor más profundo respecto a toda situación de rivalidad con las mujeres fue mucho más enérgicamente alejado de la conciencia. Las pulsiones homosexuales, ligadas originariamente a la madre, han quedado rechazadas.

En lugar de ser mujeres seductoras-castradoras de hombres, estas pacientes tenían el sentimiento de ofrecer algo de un valor superior, no femenino y más seguro. Su amor por sus compañeros masculinos debía ser no genital.

Resultaba de todo esto un sentimiento de completa frustración y una incapacidad de comprender por qué sus relaciones, tanto masculinas como femeninas, eran tan insatisfactorias. A la insatisfacción sexual se sumaba el riesgo inherente a toda actividad sublimada, por ser considerada una actividad fálica masculina y prohibida en tal sentido.

La mujer homosexual. — Otras son las imagos parentales que se observan en el análisis de las mujeres homosexuales.

Para dar claridad a su exposición, la autora va a considerar por separado la relación respecto a los dos padres y sus imagos. Destaca el carácter artificial de este procedimiento, ya que es del vínculo entre los padres que esta relación de la niña extrae toda su importancia.

La imagen del padre. — Del material clínico expuesto en el trabajo se desprende que el padre no es idealizado ni deseado sino detestado. Es descrito como un ser repugnante, ruidoso, brutal y violento, lo que da al retrato una nota sádicoanal. Por otra parte, sus cualidades fálicas son impugnadas, pues es visto como ineficaz e impotente en tanto que hombre. La imago paterna es revestida de todas las características de la “mala” madre. De este modo, la madre es convertida en un objeto no conflictual.

Esta imago paterna ha sido patológicamente introyectada en el Yo. En la apreciación que estas pacientes hacen de sí mismas muestran la estrechez del vínculo de identificación que las une a ese padre descrito en términos de erotismo anal y de sadismo, identificación que permanece profundamente oculta en el inconsciente. La introyección poderosamente investida y ambivalente del padre entraña importantes modificaciones en la estructura del Yo (según el modo depresivo descrito por Freud en “Duelo y melancolía”). Esta introyección es por lo demás una parte narcisísticamente muy importante del Yo de la paciente y conserva el sello de su viva ambivalencia.

Tal aparece, pues, el padre, despojado de todo vínculo libidinal consciente, imagen mutilada al mismo tiempo que dotada de rasgos displacenteros y peligrosos. En los relatos de estas pacientes el padre era reprochado de haber rechazado implacablemente a la hija a una edad temprana. El fracaso edípico ha conducido a la niña a una posición anal en la cual el padre ha sido expulsado y perdido en tanto que objeto libidinal, para ser luego reincorporado en tanto que objeto interno en el Yo y asimilado en el inconsciente a sus propios excrementos. El deseo del padre y de su falo es entonces vivido como un acto sádico que engendra el sentimiento de haber cometido un crimen. Esto conduce a numerosas fantasías de venganza de parte del padre. La culpabilidad edípica se refuerza por el hecho de existir un vínculo

pre-edípico estrecho con la madre, que prohíbe toda aproximación al padre y alienta la repulsión de la hija por él, como un don ofrecido a la madre.

Imagen de sí e imagen del padre. — Estas pacientes aplican a su propia persona algunos de los términos con los cuales han descrito a sus padres. Para su inconsciente, es una representación de su manera de acercarse a él, ya que asimilan, a nivel somático, algo del padre. Pero es una proximidad experimentada como prohibida por la madre y las otras mujeres.

El deseo dirigido sobre la fuerza fálica del padre se expresa bajo la forma particular de una necesidad de auxilio para lograr independizarse de la madre pre-edípica. Los aspectos peligrosos de esta última relación son evidentes. El padre deja la llamada sin eco.

¿Qué ha pasado en el psiquismo de la niña que se oculta en las pacientes de que hablamos? Como cualquier niña, ha introyectado la escena primaria y ha sido poseída en sus fantasías por el padre y su pene, al mismo tiempo que ella ha dispuesto de su madre de diversas maneras. Aspira a tomar el papel de los dos padres en la escena primaria y la satisfacción fantasmática de sus pulsiones será tanto pasiva como activa. En los casos que consideramos, el Yo se ha probado incapaz de dominar convenientemente estos deseos libidinales primitivos. La historia de las pacientes nos muestra que el padre fue exteriormente abandonado en tanto que objeto de amor; es entonces incorporado para no ser jamás abandonado, aunque irreconocible como objeto de amor bajo su disfraz sádico y anal, a la vez erótico y hostil. No existe más que un solo hombre en el universo de la chica homosexual; ningún otro objeto masculino tomará su lugar. Así, el abandono del padre no corresponde de ninguna manera al desprendimiento del objeto de amor original, sino que la relación objetal regresa a una identificación de un tipo particular. La ambivalencia inherente a toda identificación está desmesuradamente acrecentada, dado que la

introyección adopta un modo patológico que atraerá al Yo constantes ataques del Superyo y que será, empero, un elemento necesario a su cohesión. Los ataques que la homosexual dirige contra sí tienen algo de la cualidad de los reproches clásicos del melancólico. Ellos representan un ataque dirigido al padre interiorizado, al mismo tiempo que él está narcisísticamente investido y celosamente conservado. Como hemos visto, existe igualmente una culpabilidad persecutoria considerable. Estas enfermas nos muestran un Superyo “pre-genitalizado” acompañado de un extremo empobrecimiento y fragilidad del Yo.

Podríamos preguntarnos si un Yo de este tipo no muestra una estructura psicótica. Defensas de tipo psicótico están en juego. Manifiestan temores casi delirantes y la prueba de la realidad, especialmente en lo que concierne al mundo masculino, es precaria. No obstante, asistimos a un quebranto limitado en la estructura del Yo. Puede hablarse de un clivaje del Yo, puesto que no es alcanzado en su totalidad.

La imagen de la madre. — La madre es percibida de manera extremadamente idealizada y habitualmente tenida por bella, dotada y seductora. Es todo lo que la hija no es, situación de desigualdad admitida sin disputa. No existe envidia consciente en este sentido. Por otra parte, ella se dibuja como una figura que aporta una seguridad total ante los peligros de la existencia. Al mismo tiempo, la madre es vista constantemente como expuesta al peligro. En fantasías, aparece víctima de accidentes mortales, o presa de ataques brutales, o amenazada de abandono o de dominación excesiva de parte del padre. A este último le son imputadas pérfidas exigencias, sexuales o de otro orden, dirigidas a la madre.

La identificación con una tal imago materna ofrece dificultades por dos razones. Primeramente, las pacientes se mostraban persuadidas de que sus aspiraciones estaban condenadas al fracaso, ya que la madre detentaba los dones

de belleza, inteligencia y talento que ellas mismas no habían “recibido al nacer”. Sólo más tarde apreciamos que se imaginaban no tener derecho de tomar de su madre aquello que necesitaban. En segundo lugar, en un plano heterosexual, no existía el deseo de identificación con un ser que parece desempeñar un papel tan peligroso o infortunado. El deseo de estas pacientes hubiera podido reducirse a la eliminación radical del padre y de todo hombre y al establecimiento de una relación tierna y durable entre madre e hija.

La madre es representada como un ideal que se puede venerar pero sin jamás alcanzarlo. Ella no ha sido interiorizada y asimilada bajo sus aspectos idealizados y en esta medida queda perpetuamente fuera del Yo. No es posible poseer su amor si no es por intermedio de la enfermedad o dándose la seguridad de serle extremadamente necesaria.

En un nivel inconsciente se encuentra una relación muy distinta con la imago materna. El temor permanente de que sea destruida por alguna catástrofe, caiga víctima de un acto sádico o de una enfermedad mortal, hace suponer una actitud muy ambivalente frente a ella o a su sustituto. Estos sentimientos ambivalentes son vividos como ataques a la fuente única de seguridad e implican el peligro de ser arrancada a un objeto al cual se está unido por lazos casi simbióticos.

La mujer homosexual recurre a la fantasía de adoptar el papel masculino frente a otra mujer para ocultar un deseo más profundo, que podría expresarse como una tentativa de recuperación narcisística. Busca inconscientemente completarse ella a expensas de otra mujer. En un sentido, intenta volverse la otra. Puede quedar completa siendo a la vez la madre y la hija, obteniendo de la otra todos los poderes y cualidades de las que se estima desprovista.

En el curso del análisis, la madre, que era el único factor de estabilidad y de integración en la vida de la paciente, comienza a manifestarse como una fuerza dinámica que pone obstáculos y oposición a todo movimiento, toda actividad y toda expresión de deseos eróticos, cualquiera sea su nivel. Sentimientos de agresividad y odio profundo se desarrollan a medida que cambia la imago materna. La madre se convierte en una prisión de la que no escapará jamás. El deseo de desprenderse es rápidamente seguido de un temor de pérdida total y de algo semejante a la muerte. El interés por los hombres y por el padre vuelve a hacer aparición, lo que desencadena crisis de angustia. Dos pacientes, en esta fase del análisis, cayeron enfermas. Esto arroja alguna luz sobre la tenacidad de los lazos con la imagen materna.

Una paciente se representa en un sueño como las piernas de su madre. ¿Qué clase de existencia independiente puede tener una pierna separada del cuerpo? ¿Y cómo funcionará el cuerpo si las piernas deciden abandonarlo? Tal el dilema que se impone a la homosexual cuando comienza a desear aflojar el lazo estrecho que la une a la madre interiorizada.

El segundo peligro al desprenderse de la relación simbiótica con la madre es que se encuentra con todos los riesgos del mundo de la heterosexualidad. La tentativa de volverse autónoma respecto a la madre implica afrontar al padre como objeto de amor genital, afrontamiento cuyo fracaso arriesga exponer al Yo a una regresión profunda.

Nuevos temores surgen cuando se esbozan relaciones con el hombre. El temor de la pérdida radical de todo placer sexual debido a las experiencias anteriores juega un papel importante en la homosexualidad. Los aspectos destructivos de origen oral y anal y los elementos compulsivos de sus relaciones amorosas anteriores con mujeres la llevan a pensar que ella no ha amado jamás

realmente. Pero dándose cuenta se aproxima a una mejor capacidad para relaciones más evolucionadas, fundadas sobre una identidad sólida, sobre el sentimiento de su complementaridad con el hombre y el deseo de reciprocidad verdadera.

Imagen de sí e imagen de la madre. — Detrás de la impresión de necesidad vital de la madre y de unión simbiótica con ella se disimulan sentimientos contradictorios. Estas pacientes estiman inconscientemente que han sido vaciadas y despojadas por la madre. Se sienten privadas de todo lo que es vital para su existencia y desprovistas de sus propios bienes. La imposibilidad de guardar algo bueno o valedero para sí es por una parte una respuesta a la orden inconsciente de restituir todo a la madre, el padre introyectado tanto como la propia femineidad.

En conexión con el sentimiento de haber sido despojadas de todos sus tesoros fálicos y anales, podemos examinar un aspecto de la compulsión al robo que experimentaban estas pacientes. Una apreciación más profunda de la cleptomanía en su vinculación con la homosexualidad merecería un estudio aparte. Del relato de robos realizados generalmente en grandes tiendas se desprende a primera vista que se trata de objetos fálicos robados al padre o a sus sustitutos. Las pacientes concientizaban espontáneamente que se entregaban al robo compulsivo de un pene y que esto implicaba una castración del padre o del encargado de la vigilancia, sobre los que se sentían triunfar. No obstante, los artículos robados eran casi siempre vestidos, carteras, etc., todos artículos destinados a realzar la femineidad. Se reveló en el análisis que se trataba de objetos parecidos a aquellos que la madre elegía para sí y que eran considerados como atributos femeninos mágicos rehusados por la madre a la hija. Significaban algo quitado a la madre contra su voluntad, lo que viene a ilustrar el hecho de que esos objetos eran frecuentemente dados a otra mujer y en uno de los casos a la madre en persona. De este modo, el regalo revelaba un deseo

de reparación simbólica unido al deseo de absorber, robando a la mujer que era el sustituto de la madre, la esencia de la femineidad. El poder secreto gracias al cual la madre atrae al padre, tiene hijos, tanto como su capacidad para mantener la vida suministrando alimento, calor y confort es talmente representado como un falo.

Quiere decir que los objetos representan el falo bajo su doble aspecto paterno y materno. En este sentido, ellas reproducían exactamente lo que es buscado y simbólicamente encontrado en la relación homosexual. Es el robo hecho a la madre de la esencia de la femineidad. Si la hija pretende poseer esta cualidad se cree amenazada por la madre que la despojará inevitablemente y le impedirá todo acceso al padre. Así, bajo una forma condensada, realiza varios propósitos. Castra al padre de su pene y de sus derechos sobre la madre, castra igualmente a la madre por su deseo de poseer la virilidad del padre y, al mismo tiempo, roba a la madre su femineidad, que en el trasfondo de su inconsciente desea recobrar para atraer al padre. Sin embargo, este último fin está disfrazado: ella prefiere, como hemos visto, regalar el objeto mágico robado a otra mujer y evitar así los peligros ocultos en ese deseo, es decir, destruir a su madre identificándose con ella y volverse mujer delante del padre.

El acto de robar es un juego en el interior de un juego. Es un drama edípico que oculta un drama pre-edípico —el deseo de representar una fantasía de escena primaria al mismo tiempo que una tentativa última de retomar posesión de sí. La cleptomanía, bajo este ángulo, es un equivalente directo de la perversión sexual.

El pensamiento de una rivalidad con la madre suscita una viva angustia. Hemos visto que para la hija la separación parecía comportar un peligro. Estas pacientes están organizadas en función de las defensas y de la estructura de la madre. Algunas de sus experiencias somáticas dejan suponer una fragilidad del Yo corporal que puede remontarse a las vivencias infantiles más precoces. La

pérdida repentina de un objeto narcisístico entraña la pérdida de su propio sentimiento de identidad.

Algunas de estas pacientes sufrían en ciertos períodos pérdidas graves del equilibrio corporal, encontrándose, por ejemplo, en una multitud o al descender escaleras. Estos miedos de pérdida del dominio no solamente en lo que concierne a los orificios corporales sino también a los límites del cuerpo mismo, hacen pensar que detrás de las fantasías de pérdida del padre introyectado existía un temor a regresar a un estado prácticamente indiferenciado, en que sólo la presencia de la madre podía llevar a la distinción entre sí y el mundo exterior. Una característica de estas pacientes es su incapacidad para organizar su vida, aun en ínfimos detalles, dando frecuentemente la impresión de vivir en un desorden y confusión crónica.

La relación homosexual y su significación — Ninguno de los escasos artículos analíticos aparecidos sobre homosexualidad femenina parece subrayar el hecho de que contrayendo un vínculo homosexual la hija esboza una tentativa para liberarse de la madre real. Aunque el sujeto desplace ahora todas sus aspiraciones y sus temores homosexuales ligadas a la imago materna sobre un sustituto, el análisis revela que ese traslado aparece conscientemente como una victoria secreta sobre la madre. El miedo a la reacción de la madre en el caso de que descubriera esta relación esconde un ardiente deseo de dejarla ver que ha sido suplantada.

Una segunda fuente de triunfo es que la actividad sexual y masturbatoria, siempre sentida como prohibida por la madre, es autorizada y compartida por el sustituto materno. Por otra parte, la situación triangular, que no ha sido nunca bien tolerada, no es más algo a temer. Aunque el padre haya sido despojado de todo interés libidinal permanece siempre como rival potencial tanto como objeto

de amor prohibido. Ahora, la paciente “demuestra” que los personajes masculinos y los órganos sexuales masculinos no tienen ningún lugar en la vida.

Además, el hecho de conformarse en su manera de ser al padre “anal” interiorizado, ha sido siempre una fuente de conflicto entre madre e hija. Las críticas de la madre por la poca femineidad de la hija, etc., son al contrario rasgos plenamente aceptados por la partenaire. Es uno de los aspectos que afirman las relaciones de este orden. Pues, oculto en el “niño” analerótico, brutal y desconsiderado que estas pacientes exponen al mundo ambiente, se encuentra el padre interiorizado. Es lo que la madre no ha aceptado jamás y que la partenaire acepta de brazos abiertos.

Aparte del sentimiento de ser aceptada en todo lo que no era aceptada por la madre, la homosexual busca conocer su propio cuerpo a través del cuerpo de otra mujer, como una tentativa de completar el Yo. En general la mujer elegida como objeto de amor parecía poseer las cualidades de que las pacientes estimaban carecer.

Hasta aquí los aspectos constructivos de las relaciones homosexuales. Es evidente que pocos conflictos básicos son resueltos por la nueva relación y que un nuevo círculo vicioso se crea. La partenaire es una figura materna sobre la que vendrán a cristalizarse todos los conflictos con la madre. Uno de los más señalados es la ambivalencia. Por ello, los mismos temores fóbicos por la persona amada, la necesidad de sobreprotegerla, de controlar sus movimientos, comienzan a aparecer. El temor de volverse un objeto parcial, polarizado por la amiga, se hace también presente, lo que suscita la necesidad de llenar un papel primordial para la partenaire. Por ejemplo, encargarse de tareas de la otra, de modo de evitar para sí misma el papel de elemento dependiente y dominado, que comporta peligros masoquistas.

El Yo de estas pacientes busca así mantener su precaria integridad siguiendo las mismas pautas que en la infancia, pero esta vez en un contexto de

relación homosexual. Las amenazas de perder a la partenaire da lugar a graves perturbaciones de la libido narcisística del Yo, al punto que amenazas de abandono pueden engendrar impulsos suicidas.

Para concluir, la autora reúne un conjunto de hipótesis sobre el tipo de relaciones objetales y la estructura del Yo en la homosexualidad femenina. La identidad del sujeto permanece frágil en razón del carácter patológico y precario de las identificaciones con ambos padres; el Yo está constantemente amenazado en sus esfuerzos por mantener su equilibrio narcisístico y su identidad. La relación homosexual es una tentativa de escapar a la identificación simbiótica y peligrosa con la madre y de conservar el padre introyectado; es un intento, finalmente, de protegerse de una depresión profunda. Ella contribuye a preservar, aunque de manera precaria, la cohesión del Yo.

C. Sopena.

BYCHOWSKI, Gustav. — La estructura del acting out homosexual. (The structure of homosexual acting out). *The Psychoanalytic Quarterly* Vol. XXIII 1954 N° 1 pág. 48.

El autor destaca que en el análisis de pacientes homosexuales la conducta más característica suele ser la alternancia entre un intento de elaboración por un lado y la movilización de mecanismos de defensa con la eclosión de necesidades de gratificación homosexual por otro lado.

Entre los mecanismos de defensa más frecuentemente encontrados en este tipo de pacientes, suele hallarse a introyección conducente a una identificación

total con el objeto, la negación, la vuelta contra sí mismo, la regresión narcisística y la pseudosublimación. En mayor medida que en el análisis de una neurosis, las defensas aparentemente abandonadas son retomadas y la eclosión de gratificaciones perversas es prueba de la reluctancia del Yo a renunciar a sus habituales medios de descarga libidinal.

No obstante hallarse el paciente en análisis determinado tiempo, y aún habiendo restringido considerablemente su actividad homosexual, el proceso defensivo y regresivo trae aparejado el rebrote de la perversión.

Para demostrar esto aporta el autor datos seleccionados de dos pacientes.

Un paciente homosexual, de treinta años y de frondosa historia de promiscuidad, narra un sueño que ilustra el interjuego entre las pseudosublimación narcisística y la gratificación auto-erótica. En el primer sueño el paciente se muestra preocupado por Bobby, un chico desdichado de diez años a quien le gustaría ayudar. En el sueño el paciente usa peluca para cubrir su calva. Para el paciente, eso simboliza su propia debilidad, castración e identificación femenina. En el segundo sueño el paciente está realizando autofelación.

La pseudosublimación es reemplazada prontamente por los impulsos orales, tomándose a sí mismo como objeto.

Una nueva ilustración nos permite ver al paciente en una secuencia en que se alternan el sueño, un estado de elación, y finalmente la actividad homosexual.

En el sueño aparece el padre del paciente enrojecido por la turbación mientras intenta zafarse del abrazo del analista.

El paciente comenta que el padre se veía tan empequeñecido en su tamaño e incómodo con el analista que aparecía grande y fuerte. Es decir la imagen del padre empequeñecido por el hijo, a consecuencia de la figura

materna, dominante y castradora. Es en realidad el propio Yo del paciente ante dos imágenes opuestas de la figura paterna, una la representada por su padre real, y la otra en la transferencia, correspondiente a una imagen temprana de la infancia.

A este sueño siguió un estado de elación al día siguiente, en el cual el paciente negaba la identificación con el padre débil, llegando a una resistencia contra el analista, al cual sentía no necesitar más. A la noche siguiente, se procura una relación homosexual, pero tras algunos juegos eróticos, no pudo ir más lejos, sintiéndose impotente. El paciente comentó que quiso probar su agresividad, pero había fracasado como consecuencia de la labor psicoanalítica. Fue evidente que con su acción quiso destruir a la vez a su padre y a su analista. Con su rebelión infantil quiso sacudirse el yugo de su analista, que había asumido para él el papel de la madre inflexible y restrictora.

En el curso del análisis las imágenes parentales introyectadas se ponen en libertad y pueden provocar ansiedades agudas. Esas experiencias que son observables en forma más expresa, en reales alucinaciones en el curso de análisis de esquizofrenias latentes, apuntan al estrecho parentesco entre la homosexualidad y las psicosis.

En algunos sueños ha intentado el paciente sacudirse de la dependencia de su madre y de la identificación con ella, fusionando para ello tanto la agresividad de su madre como su propia agresividad oral.

En sus actuaciones, sus impulsos orales le llevaban a relaciones sexuales orales, que le permitían asumir la sumisión infantil a la madre fálica, a la vez que desempeñar el papel de madre solícita alimentando al bebé, o la sumisión masoquista a la demanda del bebé. En todos estos actos, sus objetos sexuales representaron proyecciones narcisísticas de sí mismo.

La fiera lucha de su Yo por dominar sus impulsos homosexuales solían manifestarse dramáticamente, una y otra vez, en diferentes actuaciones.

Elementos transferenciales eran claramente detectables en las deflagraciones de sus recaídas homosexuales (en vacaciones por ejemplo), donde la extrema sensibilidad ante las frustraciones infringidas a su Yo por el analista, lo hacía recaer en la intensa dependencia del tipo oral, tendencia compartida por los homosexuales con otros cuadros de dependencia oral, depresivos y los adictos.

En tales circunstancias **partenaires** homosexuales se transformaban en sustitutos, tanto del padre del pasado, como del padre analista que le imponía ahora las mismas frustraciones del pasado.

La felación fue uno de sus cometidos sexuales más buscados. En sus intentos de sublimación pretendía homologar la absorción espiritual con la incorporación oral literal. En un weekend particularmente peligroso y en el cual se sintió muy solo compró un libro del cual el analista era el autor y lo “tragó” el fin de semana.

En repetidas ocasiones y tras un período de aparente fecundidad de la labor analítica, la actividad homosexual retornaba de una o de otra manera dando expresión a fantasías catastróficas, con el deseo de ser “echado” del análisis por el analista, que hubiera justificado su resentimiento contra la madre severa, mediante su propia destrucción, o bien destruyendo a su madre del pasado y el poder de su analista.

Estima el autor que la observación de los objetos homosexuales permite concluir, que en la actividad homosexual del paciente, adquirirían el carácter de sustitutos de su propio Yo o de imágenes parentales. La recurrencia de la

actividad homosexual, a despecho de progresos de la labor analítica, demuestra la intensidad de la contracatexia, que en los mecanismos de defensa erigía su Yo contra los originales impulsos instintivos. Todo intento conducente a un cambio de sus objetos sexuales, tropezaba con el poderoso núcleo narcisista de su Yo que no podía renunciar a su omnipotencia y admitir la ayuda ni el progreso en la búsqueda de objetos diferentes a sí mismo. De este modo, sus diferentes objetos homosexuales, no eran más que muñecos en los que depositaba papeles de sí mismo, asignados por su inconsciente. La menor desilusión en su camino a la heterosexualidad, le servían de pretexto para el desprecio de la mujer y el retiro de su libido. La posibilidad de la sublimación en consecuencia depende de la capacidad de refrenar el narcisismo y aceptar en cierta medida el principio de realidad.

Los pacientes que permanecen fijados en un narcisismo tan temprano no consiguen sustituir la actividad homosexual, que tiene para ellos contenidos preeminentemente mágicos. La estructura de tales sujetos es próxima en muchos aspectos a la esquizofrenia.

En un segundo paciente esta característica es aún más apreciable. Se trata de un estudiante de veintiún años, muy inteligente, que tuvo que dejar sus estudios (Derecho) por sus excesos homosexuales durante las noches. Sus fantasías tenían un contenido infantil de grandiosidad, de naturaleza exhibicionista alternadas con actividades nocturnas, sado-masoquistas con marineros. Sabía que su grandiosidad le provenía del hecho de tenerlo Dios bajo especial protección, pero su narcisismo no le permitía obtener nada por medio de un esfuerzo que le hubiera hecho menos admirable.

En sus actividades sexuales, que se alternaban entre ser pasivo y activo, representaba la venganza por las “injurias” de su madre más temprana (estimulación anal mediante enemas y termómetros). Con los marineros podía satisfacer su amor por su padre idealizado, atribuyéndole los dones de la

divinidad que él adquiriría pasivamente, o bien torturarlos activamente por las “injurias y humillaciones” practicando o haciéndole practicar fellatio y anilingus. En sus fantasías infantiles su grandiosidad y poder provenían de la gracia de Dios, que en su temprana lucha edípica podía obtener de su padre mediante la identificación, a la vez que descargar su furia contra ambos padres cada vez que lo deseaba, (con los marineros). En sus fantasías solipsísticas, la realidad era una mera construcción creada por Dios, según sus infantiles necesidades de gratificación. De este modo su Yo y la realidad oscilaban entre dos extremos, el sentimiento mágico narcisista del Yo como centro del universo, y la extrema dependencia de un Yo infantil.

En estas condiciones es natural que en su actividad sexual intentara devolver a su Yo su integridad y su omnipotencia.

El autor resume las características del acting out homosexual del siguiente modo. El prerrequisito básico parece ser una débil estructura del Yo basado en una disposición narcisística y prenarcisística. Las proyecciones narcisísticas juegan un papel preponderante en la búsqueda de **partenaires** homosexuales, como sustitutos del Yo y de las más arcaicas imágenes parentales introyectadas en la infancia. La estructura narcisística del Yo lo hace particularmente vulnerable a la estimulación libidinal. De este modo la renuncia a las primarias gratificaciones con sus objetos se le torna imposible. En un nivel tan primitivo de la organización del Yo, la búsqueda de otros objetos es imposible. La incorporación se caracteriza por la ambivalencia, la vuelta contra sí mismo como principales mecanismos de defensa, fluctuando en consecuencia entre el papel de activo y pasivo. En la conducta del futuro homosexual, su Yo no renuncia a su organización primitiva y seguirá siendo el núcleo de su neurosis. En el conflicto de las diversas identificaciones, se suceden el entronamiento y destronamiento de cada una de ellas.

Eso debilita al Yo ya que considerables contracatexias son usadas para mantener esas variadas identificaciones que se mantienen separadas, aisladas

entre sí, y de la conciencia. Por ello queda menos libido disponible para nuevas cargas de objeto. Más aún, con la repetición de búsqueda de objetos diferentes, su Yo se siente cada vez más amenazado y empobrecido. Ante esa situación huye de esos intentos y busca gratificaciones en actos que constituyen verdaderos corto-circuitos entre su Yo y sus pseudo objetos, en realidad entre sustitutos de su Yo y sus imagos parentales.

Al quedar un bajo potencial de libido del Yo libre, queda poca energía mental disponible para el control, tanto para la anticipación como la postergación de la gratificación, como para la sublimación. Las identificaciones no pueden ser mantenidas meramente en el nivel intrapsíquico. Los actos de descarga que constituyen los acting out, son la descarga motora y genital de energía libidinal que no puede ser ligada ni neutralizada.

El paciente podrá creer que esos actos son expresión de libertad, pero no hace más que confundir libertad con desorden, y general caos o catástrofes. En lugar de enriquecer su vida no hará más que caer en manos del instinto de muerte.

Leopoldo Muller.